

estructura social? ¿cómo es compatible la función crítica del teólogo con la necesaria evolución positiva del mundo según el esquema theilhardiano? Son todas preguntas que quedan sin respuesta.

Es doloroso ver cómo el no querer ceder en ese punto doctrinal (el poligenismo) ha arrastrado a los dos autores tan lejos, hasta poner en discusión y en tela de juicio todo el quehacer teológico. Se trata de una demostración poderosa *per absurdum* de que la doctrina del Magisterio o se mantiene integralmente o no se mantiene: no se puede prescindir de una verdad doctrinal, por secundaria que parezca, sin que se tambaleen los fundamentos mismos de toda la Doctrina. Secundariamente habrá resultado claro también otro tema: colocarse en una perspectiva filosófica de inmanencia acarrea en Teología consecuencias funestas, precisamente por impedir la aceptación sencilla y humilde de lo que Dios quiso revelarnos, tal como es propuesto por el Magisterio.

Claudio BASEVI

Hans Rossi, *Die Kirche als Personale Gemeinschaft. Die kommunitive Charakter der Kirche nach den Dokumenten und Akten des Zweiten Vatikanischen Konzils* Köln, Hanstein Verlag ("Grenzfragen zwischen Theologie und Philosophie", 25), 1976, 173 pp., 16,5 x 24.

El trabajo que comentamos fue presentado en 1974 como tesis doctoral en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Una reelaboración posterior del Dr. Rossi, ahora Delegado para la formación del Clero en la diócesis de Zürich, ha enriquecido y preparado la tesis para la publicación.

Se trata de un excelente estudio sobre la Iglesia en base a los documentos del Concilio Vaticano II. La perspectiva elegida por el autor para su investigación le ha llevado a detenerse de modo especial en los aspectos comunitarios de la Iglesia que se mencionan en el título y señalan la intención del libro. Pero no es un trabajo hecho solamente a partir de libros y documentos. El autor ha querido y ha sabido impregnar las páginas con su rica sensibilidad y experiencia pastorales.

La obra consta de dos partes. Precedida de un breve capítulo de Introducción y consideraciones metodológicas, la parte primera analiza la Iglesia como *Misterio*. El autor se apoya en la riqueza de esta categoría cristiana central, y en lo que estima

punto de vista expositivo del Concilio Vaticano II, para buscar en los textos conciliares las implicaciones eclesiológicas de la Santísima Trinidad, Jesucristo Dios y Hombre, los Sacramentos cristianos, y la Palabra divina (pp. 15-70).

La segunda parte se ocupa de la *Koinonia*. El autor prefiere no traducir el término, de modo que sea la misma investigación la que nos ofrezca el sentido que *communio* debe recibir, y las manifestaciones que ha de tener, cuando se aplica a la santa Iglesia. Desea, por otra parte, liberarlo de las adherencias filosóficas y sociológicas sugeridas por la palabra *comunidad* (pp. 10, 71).

El libro se cierra con unas *Conclusiones* que no son un simple resumen de lo expuesto, sino consecuencias prácticas para la existencia del hombre llamado a ser cristiano. Si la obra se inicia con el deseo de presentar la Iglesia como respuesta de Dios para remediar la indigencia humana en su aspecto más radical, es lógico que las conclusiones apunten el *donde* y el *cómo* de la inserción del individuo en el misterio eclesial que le salva. Es así como la conversión interior, la adoración, y el servicio amoroso a los hermanos reciben un lugar preeminente en las páginas finales (p. 160).

Es evidente que el autor desea contribuir a la orientación teológica desarrollada por una gran parte de los eclesiólogos en los años inmediatamente anteriores y posteriores al Vaticano II. Baste mencionar, por ejemplo, como representativas a este respecto, las obras de J. Hamer (*La Iglesia es una Comunión*) y de H. Mühlen (*Una Mystica Persona*).

Se trata, por tanto, de considerar la Iglesia no sólo como oráculo, columna, y fundamento de la Verdad, sino como organismo de salvación, según la venerable doctrina patristica y magisterial de *extra ecclesiam nulla salus*. Interesa especialmente al autor resaltar el hecho de que incorporación a la Iglesia —en la que se aunan admirablemente lo personal y lo comunitario, lo divino y lo humano— es incorporación a Jesucristo Salvador. Desde este interés, examinará en consecuencia las vías de esa incorporación personal y práctica al cuerpo místico de Cristo.

El tema se desarrolla en base a la doctrina del Concilio Vaticano II, lo cual equivale a un acierto, dado que los documentos promulgados entre diciembre de 1963 y diciembre de 1965 son la última palabra solemne pronunciada por la Iglesia acerca de sí misma. El Concilio, además, ha profesado enfáticamente su razón de ser en la presentación profundizada de las realidades

cristianas —y también las temporales— en función de la naturaleza y misión de la Iglesia.

El autor demuestra un dominio ejemplar de los materiales que maneja. Se manifiesta una y otra vez no sólo bien informado, sino lleno del objeto de su estudio, es decir, orientado intelectual y afectivamente hacia él. Esta circunstancia ocasiona una fecunda parcialidad. La sintonía con el espíritu y la letra del Concilio ayuda a una correcta metodología. Los textos se recorren con soltura; se examinan desde diversas perspectivas, sin arbitrarias violencias ni cautelas empobrecedoras; se interpretan prudentemente, con ayuda de una doctrina teológica solvente y autorizada. La exposición de las enseñanzas conciliares —nunca un mero inventario de citas frías— está atenta a mostrar la conexión entre la doctrina eclesiológica del Vaticano II y los documentos papales anteriores que de algún modo pueden considerarse precedentes. Las raíces de la Constitución *Lumen Gentium* —nos recuerda el autor— han de buscarse en los últimos papas.

La tesis que el libro presenta se deja resumir con breves palabras: la naturaleza de la Iglesia consiste en el *Mysterion*, y su realización se opera mediante la *Koinonia*. Si el misterio es el modo de ser de la Iglesia —su esencia—, *koinonia* es su modo de existir —su existencia—. Este lenguaje, naturalmente, no pretende rigor metafísico ni definitorio. Es una terminología descriptiva que sólo desea aproximarse a su objeto con nociones familiares que ayuden a ver el sentido *teológico* de las dos categorías —*mysterion* y *koinonia*— centrales a la tesis.

La *plena notio* de la Iglesia se encuentra en el *mysterion* (pp. 16s, 149s). El autor registra la ausencia en los documentos conciliares de una definición expresa de *mysterion*. Describe, sin embargo, los diferentes aspectos que lo componen. *Mysterion* supone que la Iglesia es algo radicalmente *santo*, que manifiesta *el colmo* de la dispensación divina, y solamente se aprehende mediante la fe en el Dios Uno y Trino revelado en Jesucristo. La Iglesia es por excelencia el lugar divino-humano de la manifestación, proclamación, y aplicación de los bienes salvíficos. De ahí la importancia decisiva que alcanzan en ella la visibilidad —que es siempre *epifanía* de lo divino—, la Palabra salvadora, y los sacramentos, cauces sensibles de la gracia invisible. Todos estos elementos son destellos de un misterio único, y constituyen otras tantas vías de acceso a su comprensión en el clima que suministra la Fe teologal.

La *Koinonia* es la forma práctica que el *mysterion* asume en la Iglesia, peregrina sobre la tierra (p. 9s). No se trata de un sentimiento indeterminado ni de una agrupación informe (p. 75 s), sino de una realidad orgánica de aspectos varios (p. 86), en la que se funden y ordenan concéntricamente la *communio divina*, la *communio hierarchica*, y la *communio fraterna*. Desde otro punto de vista, la *koinonia* es asimismo *communio dogmatica*, *eucharistica*, y *canonica*.

*Koinonia* significa que la salvación ofrecida y realizada por Dios en la Iglesia posee esencialmente una dimensión comunitaria (cfr. *Const. Lumen Gentium*, n. 9; p. 106s), puesto que Dios ha dispuesto salvar a los hombres *non singulatim*, sino mediante la incorporación real y misteriosa a un pueblo de elegidos. Este *coetus*, que es también cuerpo de Cristo, se caracteriza por la igualdad y la estructura orgánica de todos sus miembros. *Koinonia* es una donación objetiva. Al mismo tiempo es una tarea que se desarrolla gradualmente (p. 113). Está informada por la Caridad, que la hace posible, la vivifica, impulsa, y distingue de cualquier otra forma de agrupación o vinculación temporal o humana (pp. 122, 140).

Forzoso es resaltar el sobrio equilibrio que el autor logra entre las delicadas nociones que maneja. Con rigor teológico y acierto de cristiano orante —al principio, nos informa que ha compuesto su libro con estudio y oración— ha evitado los peligros que fácilmente hipotecan una investigación de esta clase. Ha escapado en concreto a los enfoques comunitaristas y horizontales, así como a la influencia abusiva de lo sociológico aplicado al estudio de la Iglesia (pp. 9-10). La crítica del individualismo, señalando como un mal en el comportamiento eclesial —más escolar y teórico que práctico— de las décadas anteriores al Vaticano II, no cae en las usuales exageraciones de otros autores. Las esperanzas que deposita en los pequeños grupos y comunidades son la reacción generosa y lógica de un cristiano imbuido por el optimismo evangélico.

La lectura del libro suscita al mismo tiempo algunas reservas. La más importante estriba a nuestro juicio en el hecho de que el autor hace prácticamente coincidentes *eclesiología del Concilio Vaticano II* y *eclesiología de la Comunión*. No tiene en cuenta de modo suficiente que en los documentos del último Concilio, dentro de una unidad evidente, coexisten pacíficamente diversas concepciones eclesiológicas (cfr. p. 155). Estas concepciones, como es lógico, no se demuestran contradictorias en ningún momento. Suministran riquísimos materiales y sugieren las líneas

de fuerza para elaborar pausadamente una eclesiología cada vez más enteriza. Resulta por tanto imprescindible afanarse en semejante cometido, seleccionar un aspecto de la doctrina conciliar como opción guía, y adelantar una síntesis más o menos provisional. Es lo que el doctor Rossi lleva a cabo de un modo benemérito. Sin embargo, teniendo en cuenta la naturaleza compleja del objeto dogmático que se estudia, es preciso ilustrar mejor, y comentar con mayor amplitud, otros aspectos de la Iglesia que la *communio* ilumina sólo de manera indirecta o *in obliquo*.

Fiel a su línea metodológica, el libro intenta conectar con algunos planteamientos eclesiológicos de la época patristica (San Cipriano, por ejemplo), de la teología oriental, y de los autores románticos alemanes del siglo XIX. Defiende, y en cierto modo efectúa, una incorporación de motivos pneumatológicos y carismáticos que, bien asimilados, deben enriquecer cualquier teología de la Iglesia. Nos parece, sin embargo, que el autor no se detiene a mostrar las insuficiencias que, ya en el momento de su aparición, dificultaron el progreso de esas concepciones, y el sentido en que la doctrina y el magisterio posteriores las han matizado y complementado. El Concilio Vaticano II no contiene simplemente un retorno a opciones teológicas pasadas. La historia nunca se repite, en este aspecto. Más bien, las incorpora a un acervo de elementos no puramente carismáticos, que son también acreedores a un lugar definido e importante en toda síntesis.

Llama la atención finalmente que el autor no haya dedicado un espacio mayor a situar la figura de la Virgen María en el misterio de la Iglesia. Hubiera estado muy en la línea de su preocupación por mantenerse atento a los textos del Concilio, que ha dedicado a María un largo y significativo capítulo de la Constitución *Lumen Gentium*.

Es digno de subrayarse, junto a la acribia del texto, la minuciosa y sistemática exploración de las fuentes realizadas por el autor, que tiene como consecuencia, entre otras cosas, que el lector pueda disponer de interesantes textos teológicos perdidos entre los inmensos volúmenes de actas conciliares.

Por todo ello, es necesario manifestar que el doctor Rossi merece por esta obra el tributo de los estudiosos, y el agradecimiento de los cristianos empeñados en el aprendizaje y catequesis de su Fe.

José MORALES